

El olimpo más próximo

Blas Adrián Corujo Concepción



DIPLOMA 2021

El olimpo más próximo

Blas Adrián Corujo Concepción

EL OLIMPO MÁS PRÓXIMO

ADELAIDA CASTRO

Aunque se gastaron todos los ahorros en el viaje, el padre de Almudena Ortiz guardó unos pocos duros para regalarle a la niña un regalo de su elección. Cogidos de la mano por el Puerto de Mogán, la chiquilla se desprendió de sus padres para correr hacia una pequeña tienda en la que vendían pequeñas figuras hechas de barro. Se obsesionó con la curvilínea forma de una taca que antes era incapaz de sujetar con una sola mano y que ahora lo hacía sin el menor esfuerzo. El padre le dejó unos duros a la dependienta. Le parecía atractiva, por lo que alargó la transacción lo máximo que pudo, a pesar de que su mujer se encontraba con la niña viendo el resto de la tienda a unos metros de distancia. Juanjo Ortiz encontraba atractiva la tez acaramelada de las mujeres canarias, además del desparpajo que presentaban. Quizá se dejó embaucar por el estereotipo de forastero atraído por la presencia de las lugareñas.

Miriam Gallardo se dedicó a lanzar miradas esquivas desde la distancia a su marido. Sospechaba que este se la pegaba cada vez que tenía una oportunidad. Antes era más sibilino en sus conquistas, pero Juanjo Ortiz ya desistía en el disimulo. Miriam observó la escena de flirteo desde la distancia en lo que Almudena le hablaba, pero que a ella en ese momento se le antojó como un murmullo inaudible que la distraía de lo verdaderamente importante. Dejó que se retratara como realmente era. Si fuera preciso, le dejaría copular sobre el mismo escaparate que los separaba. En repetidas ocasiones discutían sobre lo que a ella le parecía como algo evidente. Pero él conseguía que parecieran delirios de una loca, de una mujer lo bastante susceptible como para dejarse seducir por la paranoia. La convencían sus risas despreocupadas, sus excusas plausiblemente argumentadas, sus te quiero a ti y a la niña. Jamás llegó a pensar que lo mismo que la enamoró fuera también lo mismo que los distanciaba. Se esforzó en odiarlo, en desnudarlo y dejarlo ver con todos errores. Incluso sudó por dejar de verlo como un hombre bastante atractivo para su edad. Casi fantaseó con la idea de que aquel hombre no era su marido, sino un guiri ajeno a ella y a su hija y que su mirada simplemente se tropezó con aquel semblante. Luego él se fijaría en ella y en su hija y las invitaría a tomar algo en un restaurante junto a la playa. Tal y como solía leer en esas novelas baratas de aeropuerto que solía devorar.

Eduardo salió del dormitorio en lo que se desperezaba yendo hacia el poyo de la cocina a por el café de la mañana. Apenas se fijó en la taca que dominaba la cocina en la mesa de centro. Lo atribuyó a una de esas rarezas de Almudena de las que aprendió que no había que preguntar. Él aceptó el papel de amante sumiso, solo funcional para el sexo y para poco más. De esforzarse en entender sus

extravagancias ya se encargaría su marido. Debía ser un buen hombre, según las fotos familiares de ella en redes sociales. Un padre de familia atento y confiado. Consideró que sería esa clase de maridos que aceptaría la derrota sin aspavientos. Entonces, ¿por qué engañarlo? Eduardo pensó si Almudena compartiría esa misma pregunta, pero no se atrevió a preguntarle. Se mantenía cerrada en cuanto a sus sentimientos y reflexiones. Esto lo pensó nuevamente mientras la observaba escribiendo en su ordenador con una taza de café junto a aquella figura sobre la mesa. Tampoco él era capaz de adivinar por qué se sentía atraído por ella. Era una mujer entrada en la cuarentena, pero cuya barrera de edad no le era ningún problema. Hablaba poco, pero cuando lo hacía era para decir algo coherente, a veces casi hiriente. Podía ser tan fría que incluso le daba miedo interrumpirla durante su escritura. Golpeaba las teclas del ordenador con la misma furia con la que follaba con él. La observó incapaz de dilucidar por qué le llevó hasta aquella isla, hasta aquella casa subiendo las serpenteantes escaleras de un pueblo alejado de la mano de Dios. Un lugar demasiado exacto para escoger.

Para cuando Juanjo Ortiz dejó de compartir unas carcajadas con la dependienta, notó sobre la nuca el peso de la mirada de su mujer. Ella fingía novelear las postales de la isla, aunque él sabía que lo vigilaba por el rabillo del ojo. Le hizo una seña con una sonrisa como aviso de que ya terminaba y ella no le devolvió el gesto. Solo escudriñó con la mirada a aquella mujer de tez morena, comparándose con ella y esforzándose en odiarla. Algo le dijo Juanjo en un tono confidencial que Miriam no supo descifrar. Podrían haber estado besuqueándose que ella no se habría dado cuenta. Almudena corrió hasta su padre para rogarle que quería aquella figura de barro que tanto le llamaba la atención y su madre le dio las gracias en secreto. Así consiguió que Juanjo Ortiz se despidiera de aquella muchacha rodeada de otras figuras de ídolos canarios. Tan siquiera se esforzó en buscar alguna excusa para callar los gritos internos de su mujer. Sencillamente, se encogió de hombros y se refugió en una conversación disimulada con su hija para salir del paso. Solía hacerlo: utilizar la conexión con su hija para huir de los problemas conyugales para así quedar como una figura paterna afable.

Almudena Ortiz se le seguía resistiendo como una figura autoritaria. Tenía asumido que no se había encaprichado de su faceta de escritora: apenas leía. Solo las sufridas lecturas obligatorias del instituto. Paula le había arrastrado una mañana a una conferencia de mujeres escritoras en un alejado centro cultural. No bastó con empujarle hacia aquel ambiente cultural infestado de estudiantes universitarios

con sus ínfulas, sino que también le había convencido de quedarse a la firma de libros que cerraba el encuentro. En lo que esperaban en la extensa cola, Eduardo se escaqueó por un momento con la excusa de tomar un poco el aire, aunque lo que en realidad deseaba era echarse un pitillo. Y ahí se encontraba Almudena, en el callejón anexo al centro cultural, apoyando su cabeza sobre la pared en lo que daba largas caladas a un cigarro que le parecía eterno. Quizá fuera aquella imagen de esa mujer tan devastada por los vaivenes de la vida lo que hipnotizó a Eduardo Gutiérrez. Parecía zanjar todos los temas más complicados con una frase en un tono cortante para que se le dejara en paz. Al fin y al cabo, por ese mismo carácter quebrado fumaba sola en un callejón. Lo que él veía en ella como para engañar a su novia entrañaba una lista de razones inabarcable. Pero ¿qué veía Almudena en él? Detrás de esas enormes gafas de pasta se desvelaba un mundo dominado por laberínticos recovecos que no hacían sino esconder un universo propio oscuro y complicado. Por ello, que solo se fijara en él por lo carnal sería un motivo lo bastante decepcionante como para justificar un romance adúltero de más de dos años. “Voy a Canarias de viaje”, le dijo al tiempo que yacían tumbados en el suelo de un estudio que ella había alquilado, que le servía como excusa delante de su marido para escribir en paz. “A Gran Canaria, concretamente. Vente conmigo”. A Eduardo le satisfizo aquella invitación camuflada como una orden velada. Al cabo de unas semanas, empaquetaron sus maletas y presentaron sus falsas razones del viaje a sus respectivos cuernudos. Almudena tuvo cuidado en llevar aquella figura de barro consigo.

La familia cenó durante la noche en un restaurante junto a la playa. Miriam Gallardo se flageló por no disfrutar de la luz que proyectaban las farolas de la avenida sobre las aguas. Odió a su marido al saber que cada vez que escuchara el rumor del mar lo relacionaría con aquel día en que este reveló que ya poco le importaba que su matrimonio se fuera a pique. Aquel silencio tras el cortejo le confirmó sus intenciones. Juanjo esquivaba aquel silencio casi delator acudiendo a las llamadas de atención de la niña. Aún se aferraba a esa imagen de padre modélico. Apenas probó bocado del cherne bañado en mojo picante. Demasiado ocupada contemplando las múltiples posibilidades de todo aquello. La mayoría desembocaban en un hartazgo que la llevaría al suicidio. Apartó la mirada de ese pequeño mundo en el que se englobaban sus problemas en su mesa para mirar el paisaje marítimo. Los guiris y otros peninsulares como ella iban cogidos de la mano. Mientras, los canarios trabajaban con una sonrisa forzada para rentabilizar el turismo en pleno verano. Luego él le hizo un gesto que la hiciera parecer a ella como una loca y él como el padre del año. Abandonó también aquel interés por recuperar

el afecto de su hija. Tendría que acostumbrarse. Juanjo lanzó un suspiro observando las espinas de las sobras del cherne para luego depositar su mirada en su esposa. Le costaba admitir que estaba preciosa con aquel vestido negro con rosas estampadas. Demasiado despampanante en su opinión. Vigiló que ninguno de los demás comensales la desnudara con la mirada a su costa. Almudena jugó con la tara sobre la mesa y Miriam despejó aquel odio velado en lo que la observaba. Había leído sobre aquel ídolo en una revista días antes de visitar la isla, aunque no tuviera a nadie con quien compartir todo lo aprendido. Vio, por fin, su oportunidad. Antes de hacerlo, Juanjo se había incorporado de su asiento alegando una excusa barata sobre el hotel, no sin antes hacerle una señal a su hija para que no le siguiera y se quedara con su madre. Se mantuvieron la mirada, encerrados en sus máscaras. Aún se querían, pero se negaban a profesar ese amor enjaulado en el orgullo. Juanjo terminó retirándose con un beso volado hacia su hija, proyectando su silueta sobre las aguas iluminadas por el fulgor de las farolas de la avenida.

Décadas más tarde, Almudena se encontró con un escenario casi intacto en el que se había encontrado cuando niña. Claro que a esa edad no prestaba atención a los detalles que ahora sí lo hacía a sus cuarenta y siete años. Buscaba en aquel paisaje elementos que la excitaban de alguna manera, envidiando a los bañistas que disfrutaban del entorno. Entretanto, Eduardo la seguía observando, preguntándose a cada rato qué se le pasaba por la cabeza a aquella mujer que apenas sonreía y que miraba a la nada. Que luciera durante esos días de escapada varios conjuntos con estampados de flores y colores alegres constituía un oxímoron dado su cerrazón al jolgorio. Era un enigma que Eduardo se deleitaba en descifrar no solo contemplándola, sino penetrándola cada noche y besando el contorno de su cuerpo. De pronto, cayó en la cuenta de que Almudena aparcó su mirada sobre un viejo hotel junto a la playa. Se contuvo en preguntar: no le daría esa satisfacción de callarle con un silencio prolongando. “Una vez, de niña, pasé unos días de verano con mis padres en ese hotel de ahí”, dijo. La confesión le trajo por sorpresa. ¿Por qué ese arrebató de sinceridad de repente? Dejó que siguiera hablando sin saber qué decir. Pero lo cierto es que no volvió a hablar. Desde entonces, durante el resto de la comida no podía dejar de evitar mirar hacia aquel hotel ubicado sobre una pequeña montaña junto a la playa. Almorzaron cherne con mojo picante. Ella apenas probó bocado. Eduardo pensó que, si la dejaba en paz, ella sola le resolvería la incógnita sobre aquella figura de barro con restos de lo que parecía sangre seca. Por su parte, ella conservaba ese deseo carnal hacia él que aún la animaba a

engañar a su marido, no le había mencionado lo atractivo que se había puesto para ella durante la escapada. Incluso se dejó la piel en el gimnasio para lucirse en la playa y así compensar haberle llevado a la isla de gratis. Ella solo dio cuenta de ello en el momento en el que le clavaba las uñas sobre el abdomen mientras la penetraba, apartando por unos instantes el recuerdo de su padre.

Para Almudena la compañía de su madre era como la de un sargento. A diferencia de su padre, la obligaba a comerse todo lo del plato, a acostarse pronto, a no ver la tele desde tan cerca y a hacer los deberes cuando le cogía la agenda de la mochila. Era una figura autoritaria, pero una madre, al fin y al cabo. Por eso se culpaba la vez en que esa noche de verano en la isla echaron a andar en silencio sin saber qué decirse, aun compartiendo toda una vida. A veces, señalaba cualquier cosa para cortar el silencio. “Mamá, mira, una gaviota. Mira, un hombre tocando un piano. Mamá, mamá”. Pero Miriam asentía con la cabeza puesta en otra parte. Caminaron distanciándose del hotel hasta llegar a la misma calle que visitaron por la tarde. Así lo creyó cuando vio de lejos la tienda en la que compraron aquella figura de barro. Aun así, no llegaron a aproximarse del todo. Miriam frenó en seco junto a su hija. La niña no lo vio. Demasiado distraída en cualquier cosa menos en lo evidente. Pero Miriam Gallardo observó a lo lejos lo que confirmaba sus sospechas.

Juanjo esperaba en la puerta a la dependienta que se le abalanzó enseguida. Miriam se quedó quieta, casi deseando que él tuviera la ocurrencia de mirar hacia lo lejos para poder sorprenderse con la figura de su mujer y la de su hija revelándose como era. Quizás así la niña dejaría de verle como ese padre tan idóneo al que venerar —pensó Miriam—, como los guanches a aquel ídolo de tara. Una vez vio a su marido desaparecer en la oscuridad de la calle donde las luces de las farolas no alcanzaban, Miriam apretó el paso para no perderles de vista. Cargó con su hija a cuestas, que se le quejaba del daño que le hacía cogiéndole de la mano. Los vio doblar la esquina y al rato las dos mujeres llegaron hasta ella. Habían subido por una serpenteante escalera de piedra que conectaba con varias casas blancas. De esta manera, entraron en una de ellas hasta cerrar la puerta y encender la luz que se reflejaba a través de la ventana junto la entrada. Almudena se relajó por un momento al comprobar que no subirían esa escalera que llevaba hacia un mirador, ya que su madre le había hecho dar la vuelta de camino al hotel. No con la anterior premura, pero sí con el mismo silencio. Incluso le pareció que su madre lloraba en lo que recorrían la estrecha avenida que separaba los restaurantes de la playa. Se

acongojó por ello, porque no existe mayor miedo para un niño que la inseguridad de sus padres. Así volvieron al hotel dos mujeres de distintas edades unidas por la sangre y distanciadas por el silencio.

Apenas se echaron un margullo. De hecho, el único que se metió en el agua fue Eduardo, quien desistió de engatusar a Almudena para meterse con él y besarse y restregar sus partes más pudorosas allá donde hubiera la suficiente profundidad como para que nadie se les acercara. Pero eso solo ocurriría en su cabeza. Una vez se metió e hizo unas brazadas, tomó la suficiente lejanía en el agua para divisar a Almudena con total libertad. Se complació de aquella figura solitaria que miraba hacia la nada, siempre pensativa, siempre en guardia contra lo que la pudiera herir. Aunque a Eduardo aquella frialdad le suscitara un millón de preguntas, se ruborizó por una pequeña erección subacuática por debajo de su ceñido bañador, provocada por esa mujer que le sacaba años y que seguía deseando. Así volvieron al hotel dos amantes de distintas edades unidos por el deseo y distanciados por el silencio.

A Almudena la sobresaltó un ruido durante la noche. No había sucedido en la habitación de hotel, sino en el pasillo que conectaba con el resto de las habitaciones de la planta. Aún más se sobresaltó que su madre no estuviera en la cama con ella, cuando hacía un rato sí lo estaba. Ya creyó estar hecha a las desapariciones nocturnas de su padre. Este las practicaba con regularidad con argumentos que parecían de peso, dado que colaba asuntos de trabajo que ni la mujer ni la hija entendían. Pero ahora mamá había desaparecido. El miedo le iba y le venía. Este se suplantaba a veces por la euforia que a veces deja la soledad no buscada. Así inspeccionó con libertad cada rincón de la habitación de hotel para luego quedarse un rato quieta con la vista fija a través de la ventana. Contempló la playa de noche y el ambiente festivo de los restaurantes y clubes nocturnos animado sobre todo por la juventud, que luego se desplazaba a la orilla para beber y bailar. Casi tuvo el impulso de bajar a hurtadillas para colarse y moverse al ritmo de la guitarra de los guiris. Pero sobre ella pesaba la autoridad de los padres. Se conformó con su pequeña parcela de autonomía y aprovechó para sacar los juguetes de la bolsa y utilizar toda la habitación como salón de recreo. No jugó con aquella figura de barro por el respeto que le profesaba y que no supo explicar. Observó con detalle las marcas de los dedos que la habían moldeado y luego tendió sus dedos para ver si casaban en tamaño con los de las marcas. Al rato se cansó una vez hubo sumergido a todos los muñecos en la bañera y hacerles trepar los muebles. Y, de repente, el miedo, hasta sucumbir al llanto con la idea de salir de la habitación a buscarlos y de coger

el teléfono y avisar a cualquiera que respondiera al otro lado. ¿Por qué no hacerlo? ¡Mamá y papá habían desaparecido! Todo había cambiado y ahora parecería en total soledad ahí, confinada en esa habitación en una isla lejos de sus amigos donde nadie la oiría llorar.

Se acurrucó en la cama, dejando únicamente encendida la luz del baño y se echó a dormir con las mejillas a fuego. Lo hizo con la esperanza de que todo fuera una pesadilla y que pasadas unas horas sus padres la despertarían para desayunar y bajar a la playa para luego irse de esa isla— y, sobre todo, de esa habitación— y no volver nunca más. Vigiló que la tara, situada sobre la mesilla de noche con la luz del baño proyectada sobre ella, no la abandonara.

Alguien abrió la puerta. Dudó entre dar un brinco de la cama y abrazar a quien fuese o fingir que dormía, pese al riesgo de que no fuera alguno de sus padres el que había irrumpido en el cuarto. Decidió lo segundo y el miedo se acrecentaba cuando notó un peso en la cama junto a ella. Seguidamente, una mano meció su cara hasta hacer unos mechones de pelo a un lado. Era el gesto que hacía su madre las noches que su padre no aparecía por casa. Creyó que ya podría dormir en paz, con ese gesto que ya asimiló como rutina. Aun así, para confirmar la presencia de su madre, abrió un ojo sin que se le notara. Ahí estaba ella, sentada en una esquina de la cama. Solo que esta vez lloraba y Almudena creyó ver, gracias a la luz procedente del baño, que la cara de su madre estaba manchada de sangre. Así lo estaban también sus manos. Al menos, una de ellas, que fue la que extendió para coger la tara y observarla con un poso de melancolía. Almudena no supo qué vio en aquella inocente figura de barro que hizo que su madre rompiera a llorar. Cumplió con su objetivo de seguir fingiendo que dormía hasta hacerlo de verdad. Sería esta una decisión de la que se arrepentiría el resto de sus días, puesto que esa fue la última vez que vio a su madre, abriendo a medias solo un ojo. A su padre no lo volvió a ver con ninguno.

El móvil sobre la mesilla de noche dejó de vibrar pasados unos minutos. Eduardo pensó que Paula era lo bastante espabilada como para haberse cerciorado de que tenía una aventura o que, al menos, él había adoptado una enorme distancia de la que ella dilucidaría que la relación terminaría por romperse. A Almudena esa insistencia por la víctima desconocida le parecía lo razonable. Mientras, su marido se mantenía distante. No porque hubiera tirado la toalla en la relación, sino porque la conocía lo bastante como para respetar su espacio. Aun así, de algún modo esperaba que llegara de la nada y los

sorprendiera a ambos en la cama. Se agarró fuerte a Eduardo para cuando su marido irrumpiera en la puerta —la misma por la que cruzó su madre décadas atrás—, se impactara más por la estampa y así la matara a ella sobre la cama —la misma en la que su padre murió décadas atrás. Con la cabeza apoyada en el pecho de su amante, Almudena Ortiz se fijó en el ídolo de tara sobre la mesa de la cocina que se veía desde la cama. Luego guardó silencio con la vista fija en aquella puerta tras la tara, esperando a ser abierta.